

Al amanecer, el Rey Miguel y Las Diosas de Mar partieron por las riberas del río Chama. Después de recorrer varias parasangas, el valiente Rey fue a encontrarse con dos Príncipes muy jóvenes en los asuntos de la guerra. El Rey ofrecía como recompensa unos estréngilos de cera de miel de abejas, y los alegres guerreros, vestidos de hoplitas, como Sócrates, aceptaron encantados.

A la altura de Las González, el Rey Miguel arengó a sus soldados diciéndoles que todo era ilusión.

- Ustedes ven esa montaña, les decía, esa montaña es ilusión, como ilusión es este camino, estos caballos o nosotros mismos.

Luego de caminar toda la mañana en dirección de un pueblo llamado San José de Acequias, llegamos a la cima de una roja montaña donde el andariego Rey saludó a un viejo amigo suyo de Creta, llamado Icaro, que, con sus alas de colores que ya no se derretían con el sol, se lanzaba al acantilado y volaba con la majestuosidad de los cóndores.

El Rey se alegró con el encuentro. Hacía tiempo que se había volcado a la contemplación. Atento a las aves y a los árboles, al cielo y a las montañas, recorría su palacio señalando con palabras lo que sus privilegiados ojos veían, nombrando las cosas como quien está viéndolo todo por vez primera, como el día de la Creación. De allí que el Rey ya no visitaba a sus amigos. Se pasaba los días y las noches con versos en los labios, con oraciones, con plegarias, sin poder escribir, pero viviendo en poesía. Cantando.

Después de unas oraciones en la capilla de San Antonio, nos allegamos a una amable pensión, donde un joven anciano, llamado Martín, nos colmó de atenciones, comida, canelita, sábanas limpias y agua caliente.

Al otro día, cuando los rayos del sol encendían uno a uno los pistilos de los frailejones, reanudamos el viaje. Al llegar a un valle llamado La Veguilla, un lugar que hubiera sido la delicia de Epicuro, fuimos recibidos como verdaderos reyes. A lado y lado del camino se apostaron para darnos la bienvenida innumerables cínaros, pero el rey Miguel, quien es un lince en esto de descubrir otras personalidades, por algo lo llaman Mike, the Knife, se dio cuenta inmediatamente de que en realidad eran mujeres maravillosas de voluptuosas formas y delicado color. El Rey asegura haber visto entre ellas, sonreídas y anónimas, a Naomi, Diana y Caribay. Nosotros le creímos.

Agradecidos de tantas bondades, retribuimos bendiciones y decidimos acampar a las orillas del gran río Mucutuy, en un valle donde el Creador tuvo la magnífica idea de sembrar orquídeas silvestres de variado color

y amable fragancia. Allí vino a obsequiarnos frutos y una extraña bebida llamada agua-miel-conlimón una dulce viejecilla llamada Doña Delia, y en quien el Rey Miguel reconoció inmediatamente a la Madre Teresa.

Después de vencer en varios combates, Miguel James no pudo soportar tanta belleza. Regresó temprano a la ciudad y deambuló por las calles, con



sus labios de oro, sus ojos profundos y sabios, su piel oscura como Etíope y su corona de Nazareno, tarareando, con Louis Armstrong, la Opera de los Tres centavos, o recordando los días felices de su reino cuando la lluvia ejecutaba contra el techo de zinc el más grande concierto de steel band no ejecutado nunca antes por nadie.

Todos lo vieron. Pocos se dieron cuenta de que se trataba de un Rey.